

La idea desdibujada

Cuando descubrió el pequeño paquete guardado en el bolsillo interior de su americana sintió que el pecho le oprimía y emergió la conocida angustia infantil del abandono. Al abrirlo se preguntó llorando:

- Porqué?*
- Qué pretendía decirme?*
- Acaso.....? nunca lo sabría.*

Aquella revelación cambió la idea que guardaba de él. Una mezcla de culpa y autocompasión la alteraron.

Llevaba cinco meses viuda. Al principio todo esa extraño sin él; le sobraba la memoria, le dolía demasiado el recuerdo, más tarde, poco a poco le faltó el calor protector de su cuerpo, su tierna mirada, , la escucha del suspiro diario al abandonarse en el sofá después de la jornada de trabajo.

Sí, era poco tiempo pero ya se había acomodado a la soledad.

Estaba instalada en la mecánica de lo cotidiano: limpiar la casa, y ordenar, cuidar las plantas de un pequeño jardín comunitario. No tenía expectativas de cambio y aceptaba sin cuestionarse los días vividos sin ganas.

Vivía en las afueras de la ciudad, en un poblado obrero construido en los tiempos de Franco..

El piso, heredado de su madre, lo acomodaron, después de su boda, con austeridad para los dos y en él vivieron quince años tranquilos.

Los tiempos de sobresaltos pasaron; puño arriba, corridas en las manifestaciones, pegatas de pasquines, buzonadas.... Eran épocas de compromiso, solidaridad y de vida casi espartana

Se conocieron en una asamblea de partidos. Ella, Luisa lideraba la comisión de mujeres y Mario, italiano, técnico de la Fiat, formaba parte del comité sindical.

A Mario le atrajo enseguida, su cara de facciones regulares y su pelo recogido en coleta, sin adornos ni engaños. Le pareció clara y lúcida y rotunda en sus exposiciones.

Al bajar del estrado, Luisa se dirigió hacia un grupo de amigos, entre ellos había un desconocido, dirigiéndose a él se presentó

—Hola, soy Luisa ¿no serás de los que aplaudes a las feministas y luego?.....—

Con naturalidad la tomó de las manos la atrajo hacia sí y le susurró al oído

-Me llamo Mario y estoy de acuerdo con tus ideas-Enseguida conectaron, Mario le atrajo de inmediato por lo diferente. Ojos claros y suaves, tierno, buen conversador, olía dulzón, a tabaco de pipa y además era un “rojazo”

El tránsito por su noviazgo apenas duró tres meses.

Se casaron. Su relación fue siempre sosegada pero sobre todo ordenada. En el poblado conocían al farmacéutico, al panadero, a Pedro, el gay decían, lucía siempre una cierta pluma, al taxista conocedor de cualquier cotilleo y al cura obrero de la parroquia. El contacto social fue correcto pero distante. Mario disfrutaba de su espacio en la casa. Le gustaba leer; BeltorBrecht, Dario Foo y los existencialistas Sartre y Beckett . Luisa se inclinaba más por ensayos feministas y otros libros doctrinales

Con los años apenas había variado su aspecto, seguía con su coleta, ahora canosa y su cara lavada. Mantenía el aire de los setenta. Interiormente seguía amarrada a conceptos de vida pasados

Ahora, después de un año de la muerte de Mario, decidió que ya era hora de deshacerse de una ropa que probablemente otros necesitasen.

Abrió el armario, sacó los vaqueros, camisas, jerseys. Todo quedó limpio y ordenado. Dejó las chaquetas para el final, revisó los bolsillos y sacó notas, papeles de compras, billetes de tren. Tomó la chaqueta que usó cuando le dio el infarto, percibió el bolsillo interior abultado, metió la mano y sacó un pequeño paquete de regalo cubierto con papel de estraza, con un adorno de flores secas que decía mucho de su espíritu delicado.

Lo desenvolvió y quedó sorprendida. Eran unos ligeros rojos que no se ajustaban a su estilo pero.....

Pensó en su intimidad con él; no fue lo que se dice muy fogosa, En alguna ocasión Mario le sugirió introducir en sus relaciones algunas fantasías que ella no secundó. Hacían el amor los sábados y sin sorpresas.

Entre lágrimas interpretó el mensaje de los ligeros. Era evidente que deseaba urgentemente dar un giro a sus relaciones sexuales.

Entregó con ojos húmedos toda la ropa a una ONG.

Se dirigió a la plaza, compró unas flores, nada común en ella, y tomó el camino del cementerio con la triste compañía de sus recuerdos.

Desde la entrada se veía todo el recinto, era un cementerio pequeño y recogido, la lápida de Mario estaba debajo de un hermoso y estilizado ciprés.

Se acercó y quedó clavada, vio a Pedro, el gay, que llevaba una rosa roja en la mano, apoyaba, con actitud abatida, su cabeza en el árbol. El sonido de sus sollozos le impresionó, su expresión afligida y sus ojos llenos de lágrimas le revelaron todo el sufrimiento del amante.

Paralizada su razón, sus sentimientos se resistían a aceptar lo evidente. Quizás, se decía, me he precipitado en mis juicios. Pero si apenas conocíamos a Pedro, no es posible, además Mario no faltaba de casa y cuando lo hacía su tiempo lo consumían las librerías. Definitivamente estaba equivocada.

Se aproximó a la tumba, el ruido de los pasos sorprendió a Pedro que levantó la cabeza, la turbación se dibujó en sus ojos enrojecidos. Con el pañuelo secó sus lágrimas, se sonó la nariz, recuperó la firmeza y con decisión se dirigió a Luisa.

- Como ves, no voy a disculparme por mis sentimientos - El tono extremadamente sencillo de su voz suavizó el duro gesto de Luisa.

No vio ningún resquicio de orgullo en su contundente expresión.

- No entiendo nada respondió ¿acaso Mario y tu?
- En estos momentos, como ves, estoy muy afectado pero si te parece, podríamos hablar-

De inmediato supo que Pedro era una buena persona, su intuición le decía que se podía confiar en él. Vio en sus ojos claros una limpieza poco común.

- De acuerdo-
- Te llamaré esta semana-

Bajaron los dos del cementerio en un silencio forzado, al despedirse Pedro con naturalidad se acercó a su cara y la besó

- Tal como hemos quedado, te llamaré para fijar el lugar, día, y hora en que nos veremos- le dijo con suavidad
- Está bien, pero llámame con tiempo-

Pasó la semana en una parálisis enfermiza. Se sentía traicionada y eso generaba un resentimiento y una impotencia que no le permitía pensar con una mínima objetividad.

El miércoles a las siete sonó el teléfono, el timbre la sobresaltó

- Si diga-
- Luisa, soy Pedro ¿Qué te parece que nos veamos el viernes a las siete y media?
- Me parece bien, habrás tenido en cuenta que el lugar sea discreto-
- Por supuesto, no te preocupes, iremos a casa de una amiga-
- Entonces dónde quedamos?
- Te espero en la esquina de la Kutxa-

El viernes se arregló con esmero, decidió ponerse unos jeans ajustados que le sentaban muy bien una camiseta blanca y una blaser gris oscura que reservaba para momentos especiales. Se miró al espejo y vio una mujer clásica pero con estilo. Buscó algo que le diese un toque informal, al final optó por un fular claro de seda natural. Subió el cuello de la chaqueta lo rodeó con el fular dejándolo caer con naturalidad.

Verdaderamente estaba guapa, tenía un sentimiento de rivalidad con respecto a Pedro que la hizo cuidar con meticulosidad su imagen.

Recogió el bolso, las llaves y salió a la calle segura de su apariencia.

A escasos metros de la Kutxa destacaba la alta silueta de Pedro. Vestía vaqueros, camiseta negra y también chaqueta negra. Ya más cerca sus ojos extremadamente claros enmarcados en pestañas oscuras y pobladas le recibieron con simpatía.

- ¡Hola Luisa! hemos quedado con Marian en la cafetería de la esquina. Nos ha ofrecido su casa para que hablemos tranquilos.
- Me parece bien, pero ella ya está al tanto de todo?

- Si, también conocía a Mario. Es una mujer amable, divertida, discreta y tiene la rara habilidad de que la gente se sienta cómoda a su lado. –

Se acercaron, Marian era una mujer menuda con ojos escrutadores e inteligentes, se dirigió a Luisa con cariño.

¡ Cuánto me alegro de conocerte Luisa! Le saludó con un tono cordial. Sabía que en este complejo estado, Luisa era la más desfavorecida. Deseaba que la reunión se desarrollase sin tensión. Apreciaba a Pedro.

- Hola Marian, yo también me alegro- le contestó. Era imposible no caer en el atractivo que emanaba de su actitud acogedora. Aparentemente era una mujer corriente; morena, delgada, ojos pequeños y vivos, nariz aguileña. Daba la sensación de mucha fragilidad. Vestía falda, camisa y una cazadora todo terreno. Solo con un gesto alteró el ambiente. la tensión se relajó.

- Te gusta la tortilla de patatas? Le preguntó dirigiéndose a Luisa
- Si, claro- le respondió abrumada por la atención
- He preparado algo para cenar, estaremos cómodos-

Llegaron, era un apartamento con un gran salón distribuido por diferentes ambientes; Una mesa comedor, estar y despacho. Todo muy funcional y relajante.

Marian con discreción desapareció y los dejó solos.

- Luisa, le dijo Pedro, me gustaría contarte sin interrupciones, toda la historia, si luego quieres aclaramos tus dudas-

Conocí a Mario en el tiempo de la transición, por entonces estaba dedicado intensamente al activismo político. Trabajaba en una empresa de Oiartzun que mantenía relaciones comerciales con Italia y, yo era el intermediario. Fue fácil conectar con Mario por eso del idioma.

Juntos asistíamos a asambleas, reuniones, manifestaciones y librerías y también al cine del otro lado.

Así, en silencio y en la más estricta y secreta intimidad desperté a mi homosexualidad. Me enamoré de su imagen y de su atrayente personalidad. Viví un idilio platónico y pletórico de fantasías

¿Recuerdas Luisa cuando los grises mataron al hombre que fumaba en el balcón de su casa en Rentería?

- Si claro, era de Alaberga, cayó fulminado por un disparo al aire. Pero la imagen que más nítida conservo es la de Bikila tocando todos los interfonos de los portales- le contestó inquieta
- Un personaje incombustible y consecuente ese Bikila, todo pilas Duracel, todavía oigo su voz;
- Salid, salid todos a la calle, han matado a un compañero- gritaba con fuerte exigencia.

El día siguiente en las escaleras de la parroquia frente al ayuntamiento se informó, con todo detalle, de lo que había sucedido. Se determinó entre otras cosas, la hora y el lugar de la convocatoria.

A la tarde, en mitad del recorrido de la manifestación, que por cierto fue multitudinaria, ya en la Avenida Navarra esperaban los grises . Comenzaron a atacar con una agresividad animal; palizas, pelotas de goma, tiros al aire, las detenciones era lo peor. Allí cantabas los maitines mejor que las Clarisas.

Entre el desconcierto general, escapamos por atrás de la estación de Renfe. Era un sendero apenas transitado y lleno de zarzas que subía hasta Altamira. Una vez arriba, cansados y con la adrenalina disparada, nos abrazamos y en un escampado entre sudores hicimos el amor por primera vez.

Por aquel tiempo apareciste tú. Y esa fue mi amarga despedida de Mario, hasta años más tarde.

Después de un año, tu ya estabas casada, solicité en la empresa mi traslado a la central de Madrid y en apenas dos meses me instalé en mi nuevo trabajo.

Los diez años de Madrid fueron muy variados. Nada más llegar viví en la soledad más depresiva, estaba hecho cisco. De ahí, pasé a tomarle gusto a las noches y al cubata.

Llegué a frecuentar los servicios de los Res-top, que por aquella época se convirtieron en puntos de contacto de homosexuales.

Los urinarios llegaron a tener un morbo especial para mí; las miradas, los gestos obscenos, las insinuaciones soeces eran el preámbulo de lo que más tarde ocurría; a veces con uno, otras con dos. Los wáteres se convertían en improvisados y sórdidos lupanares.

Terminé por no poder mirarme en el espejo, me repugnaba tanto lo que veía, que mi sola imagen provocó mas de un vómito.

Desencantado de la política, del amor y de la vida promiscua enfoqué mi interés hacia la montaña.

Me asocié a un grupo de rescate de alta montaña, encontré gente muy íntegra y conocí técnicas de rescate, de escalada y eski. En cierta ocasión, pude participar en algún rescate de montañeros perdidos. Fue la experiencia más hermosa que viví hasta entonces.

En el monte conocí a María, enfermera del Gregorio Marañon, quien me habló de varios proyectos en Guatemala dirigido por una ONG.

Enseguida contemplé la posibilidad de participar activamente. Además, intuía que podría repetirse la preciosa experiencia del rescate. Los intereses personales fueron los que primaron en mi decisión.

Llamé a la central de Barcelona, me convocaron a una entrevista para conocer mi disposición, trabajo y aptitudes. Después de esta reunión quedaron en llamarme.

Al domingo siguiente bajábamos de la sierra María y yo

- *Pedro, no puedo más, tengo que orinar- me dijo María al acercarnos a uno de esos res-top, que antes frecuentaba*

Pedimos algo en la barra fuimos a nuestros respectivos servicios

Cuando me limpiaba las manos, no me lo creía, vi a Mario que salía con un joven de uno de los wáteres.

¡Que sorpresa! Cómo estas Pedro? Su naturalidad sonaba extremadamente forzada, se acercó para abrazarme

- *Estoy bien, venimos del monte, la verdad es que me coges de churro. Estoy tramitando la posibilidad de ir a Guatemala con una ONG. Le respondió en el mismo tono*

- Y vosotros ?
- Luisa está bien y yo escapándome de la rutina ¿Comprendes no?le dijo con un tono que pretendía ser de complicidad
- Claro, no voy a entender, mi vida no ha sido, que se diga, para mostrarla en ningún panel pensó- Quizás hay otras cosas que no entiendo-dijo
- Me escribirás cuando llegues a Guatemala? preguntó omitiendo cualquier explicación Ya conoces la dirección del trabajo. Pedro afirmó con un gesto afirmativo
- Dirige allí la correspondencia por favor-

Me sentía triste e irritado y un nudo me cerró la garganta, hay que ser farsante y solapado, lleva una vida ambivalente, pero sobre todo, no es honesto consigo mismo pensaba. Sin darme cuenta, caí en una regresión de valores; mis auto censuras de ; intolerante, necio, retrógrado, fascista quedaron en silencio mientras añadía:

- Bien, de acuerdo-

Me despedí con rapidez, dirigiéndome hacia María.

En el trayecto hacia Madrid enmudecí aunque mi charla interior continuaba. Los fantasmas del abandono de Mario se hicieron presentes.

A los días me llamaron para comunicarme la aceptación de mi solicitud. El trabajo que tendría que desarrollar sería el de logista en el Departamento del Peten en el norte de Guatemala.

Me citaron para informarme con detenimiento en qué consistiría mi trabajo. Recogí las vacunas pertinentes y me presentaron a Jose médico en Sayaxche (Guatemala) con quien tendría que colaborar.

Por fin después de un largo viaje llegué a Sayaxche; la descripción de José fue muy precisa.

Luisa ya más relajada le preguntó

- ¿En qué consistía vuestro trabajo?
- Los proyectos están orientados a largo plazo, formativos y preventivos y pretende su sostenimiento después que la ONG abandone el lugar. Por una parte previene la malaria y por otra forma a promotores rurales de salud para que ejerzan una asistencia médica básica. Prepara a comadronas tradicionales a lo largo del río Pasión y Usamacinta-

¿ Prevención de la malaria? Preguntó con curiosidad

- Bueno, verás, los parásitos que más tarde se desarrollan en el intestino del mosquito anofeles, causante de la malaria, proliferan en pequeñas charcas, La hembra del mosquito pone sus huevos en las charcas de las cubiertas y allí se desarrolla el proceso, luego al picar, transmite por la saliva la enfermedad

-

-Es curioso- dijo

Enfrente de las chozas de las comunidades indígenas te encuentras de todo; gallinas,

cerdos, mini-cultivos de maíz, cubiertas de ruedas, sobre todo niños, muchos niños sucios y enfangados.

Pues bien, los indígenas, continuó, consideran que las cubiertas es un bien al que les cuesta renunciar. Créeme Luisa, la labor de educación es ardua cuando ya han adquirido ciertos hábitos. Es bastante deprimente cuando lo que creías era que tus acciones serían inmediatas y visibles a corto plazo.

El proyecto incluye también la vacunación a los retornados refugiados guatemaltecos en Mexico y la construcción de centros y obras de saneamiento; pozos de agua potable etc.

En la estación de lluvias los pozos hay que sellarlos para que no se contaminen con las crecidas de los ríos que aumentan su caudal por encima de los dos metros.

Otro de los problemas son las letrinas. Es difícil enseñarles que es ese el lugar donde tienen que defecar si no quieren enfermarse. Como ves Luisa la labor es de información y cambio de hábitos, y eso es lo más costoso.

Pero todo no fue negativo, allí conocí a Marian y también a Ixchel, una joven indígena licenciada en biología que me enseñó el amor por sus tradiciones; la Pachamama, la solidaridad. Sin ningún tipo de razonamiento, compartía lo que tenía, era lo natural en ella, no entendía de diferencias. Tenía unos ojos azules oscuros y una mirada limpia. Espontánea, niña y adulta a la vez. Cuando la conocí estaba lejos de pensar que toda ella supondría la revelación más importante de mi vida.

Después de dos meses escribí a Mario intentando no distanciarme del sentimiento que me produjo en nuestro último encuentro. En la carta, que intenté fuera respetuosa, estaba implícita una contenida censura con un tinte de frustración.

Su respuesta fue tierna, nada formal, reflejaba la contradicción del cariño por ti y sus impulsos.